

Roger Chartier y la historia intelectual. Un diálogo con Jorge Myers



Roger Chartier

El historiador nació en Lyon en 1945 y se formó en la École normale supérieure de Saint-Cloud. Integra una generación que logró sortear los típicos ritos universitarios del antiguo sistema académico francés, entre ellos, eludir la tradicional *thèse d'État*. Tras un breve paso por la Université de Paris I, en 1984 ingresó a la École des hautes études en sciences sociales donde dictó su habitual seminario de los jueves hasta su incorporación al Collège de France en el año 2006. Formó parte de la cuarta generación de *Annales* sin dejar de tomar una elocuente distancia crítica de ella y, desde sus primeros trabajos, dio impulso a una historia cultural que se convirtió en el principal territorio de todas sus investigaciones. A partir de allí, Chartier operó una profunda renovación de la historia de la cultura popular, la edición, el libro y la lectura, la historia de la vida privada, el mundo de la literatura y la traducción junto con una reinterpretación muy perdurable de los orígenes culturales de la Revolución francesa. Entre sus principales obras, cabe destacar *Lectures et lecteurs dans la France de l'Ancien Régime* (1987), *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitude et inquiétude* (1998) y *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare* (2011), entre muchas otras.

Presentación

Flavia Fiorucci: Hola a todos y todas. Agradezco mucho la presencia de ustedes en este conversatorio por zoom que, como ustedes saben, abre el ciclo 2021 de la Maestría en Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes que comenzó a dictarse el año pasado –en formato virtual por obvias razones–, y que continuará este año con el mismo formato.

Abrimos este ciclo con dos presencias que nos honran y nos entusiasman: la de los profesores Roger Chartier y Jorge Myers (profesor de esta casa e integrante del Centro de Historia Intelectual, especialista en Historia intelectual latinoamericana y animador importante de esta Maestría).

Roger Chartier es profesor emérito en el Collège de France y la École des Hautes Études en Sciences Sociales y Annenberg Visiting Professor in History en la Universidad de Pensilvania. Su obra es extensa y constituye una referencia insoslayable para quienes hacemos historia y sobre todo historia cultural. Un número importante de sus libros y ensayos ha sido publicado en español. Por suerte tenemos acceso a ellos. Por mencionar algunos: *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, publicado por Gedisa en 1992; *Libros, lectura y lectores en la edad moderna*, publicado por Alianza en 1993, *Cultura escrita y textos en red*, escrito junto a Carlos Solaris y publicado por Gedisa en 2019; y *Lectura y Pandemia, conversaciones*, de próxima aparición, un libro publicado por la editorial Katz.

El profesor Chartier necesita pocas presentaciones, hemos acordado con él una presentación breve porque nos quedaríamos dar el lujo de escucharlo.

Intercambio entre Jorge Myers y Roger Chartier

Jorge Myers: Me sumo al agradecimiento, es realmente un honor contar con su presencia aquí. La obra de Roger es realmente importante para la renovación de la historia intelectual y de la historia cultural. No solo ha iluminado

sus propios temas de trabajo, que han tenido que ver con la historia de la lectura, la historia del libro y la historia cultural de lo social; sino que, a partir de la noción de historia cultural de lo social, ha producido una renovación de fundamental importancia que permitió a toda la tradición de historia intelectual de Francia heredada de los Anales, abrirse a temáticas y perspectivas nuevas y mucho más fructíferas que las que prometía la historia serial practicada en los años de 1950 y 1960, o las visiones estructuralistas dominantes en los 70.

Para comenzar, una pregunta breve que nos gustaría que nos comentara: ¿cómo entiende él la historia intelectual? No solo la de hoy, sino también la de la tradición más amplia sobre la base de textos como *Histoire intellectuelle et Histoire des mentalités* que aparece en su libro *Al borde del precipicio o Al borde del acantilado (Au bord de la falaise en el original, imagen fuerte que describe la tarea del historiador)*. Dejo la palabra a nuestro invitado de lujo.

Roger Chartier: Antes de responder quisiera agradecer la invitación y también la presentación. Debo decir que es un gran placer para mí encontrarme en Quilmes a pesar de ser a través de nuestras pantallas, porque me hace acordar de una visita mucho tiempo atrás para el primer congreso de historia intelectual organizado en Quilmes. Quisiera también recordar las conversaciones que he tenido con Oscar Terán, cuya obra admiro. Y finalmente aprovechar este momento para saludar el magnífico trabajo de la revista *Prismas*.

Cuando se habla de historia intelectual en el marco de la historiografía francesa, debemos pensar en tres herencias. La primera herencia es la *epistemología histórica* tal como fue concebida por Bachelard y Canguilhem, o sea una tradición que distingue el conocimiento que es ciencia del que no es ciencia (pseudo-ciencias o ideologías científicas), que enfatiza la verdad de la ciencia como conocimiento racional, comprobado y verificado, y al mismo tiempo adopta una perspectiva histórica en cuanto

a los instrumentos, conceptos y teorías que operan en el trabajo científico.

La segunda herencia es la *historia de las ideas*. En su manera francesa era una dimensión fuerte de la historia de la literatura porque había una serie de libros sobre la noción de felicidad (por ejemplo, Robert Mauzi) o las nociones de naturaleza (Jean Ehrard) o energía (Michel Delon). En fin, se trataba de una aproximación de la literatura a partir de su núcleo intelectual fundamental.

La tercera herencia se ubica en la *perspectiva de los Annales y de la historia de las mentalidades*. Decir esto puede parecer un poco paradójica, porque todos conocemos los textos de Lucien Febvre que denunciaba con gran vehemencia los anacronismos de la historia de las ideas considerada como desencarnada y fuera del tiempo. Al mismo tiempo, en la tradición de los *Annales*, Febvre no utilizaba la expresión "historia de las mentalidades", hablaba de herramienta mental, y él mismo practicaba una historia intelectual. Lutero, Rabelais, Marguerite de Navarra, todos son los autores cuyas biografías intelectuales escribió Febvre. En cada libro, el énfasis será sobre las categorías del pensamiento y sus límites, las herramientas de la construcción de los conceptos o de las concepciones. En la herencia de la historia de las mentalidades, podemos ver cuándo se ha transformado en una psicología colectiva, por ejemplo. En la obra menos conocida de Alphonse Dupont, las ideas eran una parte del horizonte de la historia de la psicología colectiva, porque las ideas se deben pensar a través de su encarnación, como también de la pluralidad de sus significados. Se puede ver cómo nació dentro de esa perspectiva una historia social de las ideas, que daba una gran importancia a la semántica histórica.

Estas tres herencias de la historiografía francesa todavía están vivas, pero se han reformulado totalmente con varias aportaciones desde fuera. En ese sentido, hay tres elementos que han definido un nuevo paisaje intelectual.

En primer lugar, *la historia intelectual de lo popular*. Una manera de leer a los italianos Guinzburg y Poni es hacer hincapié en la prosopografía del “basso”. Es decir, considerar como en los textos más nobles de la historia intelectual, las ideas, los conceptos, las categorías del pensamiento popular. Se puede hacer así una historia intelectual de la cultura popular o de las figuras de los pensadores dentro de la cultura popular – por ejemplo, el molinero Menocchio.

Segunda aportación: *la historia de los conceptos*, porque reforzaba lo que decía de la semántica histórica. La construcción de Koselleck; asociando las temporalidades tanto de la escritura de la historia, como de la experiencia fenomenológica de los individuos ha tenido una gran importancia. No se podría pensar en el trabajo de François Hartog sobre los regímenes de la historicidad sin la referencia a Koselleck.

Por fin, la nueva *historia de las ciencias*, la de Simón Scheffer, Steven Sapino, Mario Biagioli o Lorraine Daston. Propone una radical historicidad, no solamente de los conceptos, sino también de los instrumentos y de los aparatos de la ciencia. Al mismo tiempo, esa radical historicidad que justificaba, por ejemplo, el uso del género de los estudios de controversias, se vincula con la relación cognitiva e instrumental del saber con la realidad de la naturaleza.

Creo entonces que hoy en día, en la historia intelectual en Francia, existe un encuentro provechoso entre las tres tradiciones francesas fundamentales (la epistemología histórica, la historia de las ideas y la perspectiva de los Annales) y estas aportaciones que mencioné (aunque seguramente haya más): la historia intelectual de lo popular, la historia de los conceptos y la historia de las ciencias.

Jorge Myers: Lo que observo en lo que acabas de decir es que es central el tema de la materialidad para la renovación de la historia cultural e intelectual, salvo en

el caso de la *Begriffsgeschichte*, que se dedica a estudiar específicamente el plano de las ideas y los conceptos. Entonces, antes de pasar a otras preguntas me gustaría una reflexión sobre eso.

Roger Chartier: Como decías, la historia de las ciencias se ha transformado con la atención a los aparatos, desde la bomba de vacío hasta el ciclotrón. Lo que se define como materialidad en nuestra perspectiva es la atención a las modalidades de inscripción de los textos en sus soportes, y la forma de presentación de los textos sobre ese soporte. Quiero decir: el formato, el carácter tipográfico, la puntuación, la presencia de las ilustraciones, la encuadernación, etc. Esa atención me parece necesaria y tal vez no fue tomado suficientemente en consideración por la historia intelectual, aún cuando se hace hincapié en la movilidad y la historicidad de las obras.

Lo que estoy diciendo de la materialidad se remite a tres inspiraciones, ninguna francesa: la visión de la cultura escrita en su totalidad con las homologías que pueden existir entre géneros diferentes o entre manuscritos e impresos (Armando Petrucci), la bibliografía transformada en una sociología de los textos que hace hincapié en la publicación, en la construcción del sentido por parte de los lectores, en la sincronía y la diacronía (D. F. McKenzie), y la inspiración filológica de la ecdótica, la ciencia de la edición (Francisco Rico).

A menudo la historia intelectual, la teoría política, la filosofía consideran las obras como idénticas a sí mismas, sin dar importancia a sus formas sucesivas de publicación. Sin embargo, se habla por ejemplo de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, cada uno la ha leído en una lengua diferente, en una forma de publicación particular, en una modalidad propia de inscripción del texto sobre la página. Es la razón por la cual me parece que, por un lado, se debe hacer hincapié en todos los dispositivos que han desmaterializado las obras (puede ser el copyright, la crítica kantiana, la referencia neoplatónica) y, por otro

lado, se debe reconstruir las condiciones, los contextos, la materialidad del texto que han dado sentidos plurales, múltiples, cambiantes a las obras. Me parece que es el desafío o tal vez el recurso de nuestro presente.

Jorge Myers: Siguiendo ese hilo de reflexión, yo me pregunto: si contrastamos lo que escribiste sobre la historia de la lectura y la relación texto-libro –el texto como producto de un autor y el libro como producto de muchas manos que, trasladado a la lectura, producen una obra con sentido plural–; ¿esto no implicaría que, desde una historia contextual de las ideas –al estilo de la escuela de Quentin Skinner, donde es tan valioso recuperar la intención original del autor–, haya confrontación de perspectivas –entre la intención original del autor y el sentido que recaban los lectores–? ¿En qué lugar queda el autor? Me da la impresión de que el proyecto lo margina.

Roger Chartier: Me acuerdo de una cita de un bibliotecario americano, Roger Stoddard, que decía que los autores no escriben los libros. Por supuesto, el libro no es un manuscrito que se trasladaría al lector, la mente y la mano del autor. Pero, a menudo la historia intelectual olvida que la cadena de actores transformaron el texto de un autor en páginas de un libro. Existe esta cadena, con modalidades diferentes, en los tiempos del manuscrito medieval, del libro impreso en el “antiguo régimen topográfico”, entre los siglos XV y XVIII, en la edición de los siglos XIX y XX o también en la edición electrónica. En cada momento, la pluralidad de los actores involucrados en el proceso de publicación pone en juego la intención autoral.

Entre la intención del autor y el texto que lee el lector, debe considerarse todas las intervenciones que dan materialidad a la creación intelectual o estética. Semejante perspectiva no es contradictoria con el proyecto de Quentin Skinner, que se ha interesado en las transformaciones de la intención del autor. El autor debe pensar en las condiciones de posibilidad para que su texto sea re-

cibido como lo desea, pero no debemos olvidar que este texto así recibido es un texto encarnado cuyas formas materiales pueden modificar poco o mucho lo que era la intención primordial.

Todo el estudio de la materialidad de los textos, como lo ha mostrado la historia de la ciencia, es una contribución para la comprensión de lo más intelectual de la historia intelectual, y no es una reducción materialista supuestamente ignorante del contenido intelectual de las obras. Esto es aún más verdadero en el caso de la historia de la literatura –yo trabajo más con textos literarios que con textos filosóficos–.

Jorge Myers: En función de la historia de la lectura, la pérdida del sentido estable, me pregunto ¿cuál sería entonces el modo de controlar el riesgo del relativismo? ¿Qué recaudos debe tomar el historiador?

Roger Chartier: Es un desafío fuerte. Entonces, para ir al punto esencial, me parece que no son necesariamente contradictorios el desciframiento de la intención autoral y los sentidos producidos por las diversas comunidades de lectura. La tensión fundamental reside en la relación entre imposiciones y apropiaciones. Por un lado, la fuerza de las argumentaciones, los géneros discursivos, las formas materiales de publicación imponen un sentido, pero, al mismo tiempo, las prácticas de lectura, los horizontes de expectativas, los contextos de recepción fundamentan las interpretaciones. Podemos hablar del entrecruzamiento entre constreñimientos transgredidos y libertades coaccionadas. El sentido implícito, que inspiró la obra, delimita el espacio de las lecturas posibles y, al revés, la pluralidad de las apropiaciones no supone la muerte del autor. Entonces creo que el fantasma del relativismo está al borde del acantilado, al borde de un precipicio, pero que podemos evitar la caída. Entre una significación única y última y la proliferación infinita de las interpretaciones arbitrarias, podemos ubicar la dialéctica entre los límites del posible y la pluralidad de las respuestas.

Jorge Myers: Una pregunta que llega del auditorio: en la historia de la lectura, ¿cómo analizas la relación entre la historia del libro y de la edición, y qué puede aportar esa relación a la renovación de la historia intelectual? Y yo añado otra pregunta relativa a los desfases en los tiempos y las diferencias en las modalidades de alfabetización: ¿podrían haber contribuido a prácticas de lectura experimentadas de forma distinta por los protagonistas en un continente y en otro –pensando que coexiste en un mismo espacio temporal una Europa muy alfabetizada al mismo tiempo que una América Latina donde hay élites muy alfabetizadas, pero una masa de población que hasta mediados del siglo XX, por lo menos, permanecía en situación de analfabetismo casi total–?

Roger Chartier: Hacer una historia de la lectura, es diferente para un historiador y para un sociólogo o un antropólogo, que usan instrumentos de investigación como la entrevista, el cuestionario o la observación directa –por ejemplo, en una biblioteca o en una librería–; para el historiador eso es totalmente imposible. Y en eso se pueden hacer vinculaciones con el tema de los continentes. ¿Qué son las fuentes de la historia de la lectura? Una primera fuente es lo que algunos lectores han escrito a propósito de sus lecturas. Puede ser una cosa fundamental en la tradición de la historia intelectual, porque la intertextualidad está basada sobre esta idea que se dice algo explícitamente sobre las lecturas cuando se incorporan en una obra citas de las obras que fueron leídas. Pero más ampliamente, puede ser a través del estudio de las cartas, de los diarios íntimos, de las memorias que se encuentra lo que fue escrito por alguien a propósito de sus lecturas. Parece una relación muy directa, pero al mismo tiempo hay una trampa, porque si la gente escribe a propósito de sus lecturas es por alguna razón. Puede ser una relación del individuo con sí mismo, pero también puede ser una forma de presentación y representación de sí mismo a partir del discurso sobre las lecturas. Es una fuente preciosa, pero merece, como todas las fuentes, una aproximación cuidadosa.

Una segunda serie de fuentes sería lo que los lectores han escrito en los libros que han leído, y de ahí una ampliación del tema de las anotaciones marginales que es un gran tema de la historia intelectual para los autores cuyas bibliotecas fueron conservadas. Es el caso, por ejemplo, de las anotaciones marginales de Voltaire en todos sus libros que estaban en Rusia. Pero también se puede ampliar culturalmente, socialmente esta búsqueda de las huellas de lecturas que son las menciones manuscritas en los libros. Se puede reconstruir así las categorías y prácticas intelectuales de la lectura. Una transformación profunda de los estudios sobre el Renacimiento ocurrió cuando se ha considerado que la técnica de los lugares comunes era una técnica intelectual fundamental de los humanistas. El lector docto era un lector que confrontaba, comparaba y cotejaba los textos, que los leía para extraer de ellos citas y ejemplos. La técnica exigía también diferentes prácticas de la escritura, desde las anotaciones en los libros mismos, en el correr de la lectura, hasta la copia de los extractos en la arquitectura temática del cuaderno de lugares comunes.

Jorge Myers: Entonces, ¿qué es la operación de Michel de Montaigne?

Roger Chartier: Montaigne fue el príncipe de los humanistas, pero no practicaba la técnica de los lugares comunes. ¿Qué hacía Montaigne? Pasajes enteros –como varias páginas el famoso ensayo sobre los caníbales– son copias literales de libros que él tenía en su biblioteca.

De todas maneras, lo que buscamos es la representación de las prácticas, inclusive cuando se trata de un diario íntimo, pero al mismo tiempo no debemos nunca olvidar que para comprender la representación de la práctica, y tal vez establecer un discurso sobre ella, debemos pensar en la práctica de la representación: ¿por qué?, ¿cómo?, ¿con qué códigos se ha plasmado en un cuadro o en un diario íntimo o en una carta la representación de las prácticas del lector?

A partir de esto, no tengo la competencia para responder a la primera cuestión. Sería otro desafío de la historia intelectual. ¿Qué hacemos con la propuesta de las historias conectadas?, ¿qué hacemos con la propuesta de una historia global que está muy de moda y es muy legítima? Lo que podemos hacer se remite a varias perspectivas: la historia comparada (por ejemplo, entre la imprenta del mundo occidental y la imprenta sin prensa y fundamentalmente sin caracteres móviles en China), o la historia de las culturas escritas impresas en los imperios (con la presencia o no de talleres tipográficos en las colonias o el contraste entre el uso de las lenguas indígenas para la cristianización y la imposición de la lengua de la metrópolis o del latín para la justicia y la administración, o bien la historia de las migraciones de las obras entre territorios, tiempos y lenguas.

Jorge Myers: Una pregunta más de orden teórico-metodológico. En función de tu propia trayectoria y tus prácticas como historiador, ¿cómo explicas la interdisciplinariedad y la combinación de metodologías tomadas de la Historia y también de la Sociología, la Antropología, la Filosofía, la Crítica de Arte, etc.? En tus textos es impresionante el manejo que demuestras de una cantidad de herramientas tomadas de disciplinas diversas, hasta incluso la Filología. ¿Podrías darnos alguna receta, hablarnos un poco de cómo trabajas?

Roger Chartier: Primeramente, trabajo en un tiempo de cierto estallido de las tradiciones metodológicas nacionales (los Annales, la historia marxista, la historia de las ideas). Trabajo a partir de hibridaciones, de encuentros entre propuestas metodológicas. Nosotros no podemos ubicarnos en una sola tradición historiográfica. Tenemos que conservar una mirada abierta sobre los vecinos. La historia de la cultura escrita hoy en día supone la vinculación entre la historia del libro francesa, la “bibliography” inglesa y americana y la historia global de la cultura escrita en la manera italiana.

Después, debemos considerar los azares de la vida. En mi

caso, la presencia de la École des hautes études en sciences sociales, fundada sobre el encuentro y diálogo con otras disciplinas. Allí me interesé por la sociología, conocí a Pierre Bourdieu, trabajé sobre la obra de Elías y llegué a escribir no sé cuántos prólogos a las traducciones de sus obras. Allí conocí la antropología y los antropólogos y etnólogos trabajando sobre la propia cultura francesa.

En otra vuelta de azar fui nombrado director del Centro de Historia de las Ciencias, el Centro Alexandre Koyré de la Ecole y del CNRS. Lo fue porque no había nadie para hacerlo; no soy un historiador de la ciencia, pero era muy interesante volver a la epistemología histórica francesa, que había leído antes, pero había olvidado bastante, y descubrir las “science studies” que ya mencioné en nuestra conversación. Puedo añadir otro azar de la vida que ha reforzado todo lo que estoy haciendo y pensando sobre la materialidad del libro. Desde el año 2001, salvo este año de pandemia, soy “visitan” profesor de la Universidad de Pensilvania, cuya característica es la atención a la materialidad de las obras. Allí tengo un trabajo muy estrecho con la biblioteca, los bibliotecarios, los especialistas de Shakespeare, el seminario que ya tiene treinta años dedicado al “material text”.

Siguiendo en la perspectiva de los azares de la vida, había aprendido el español en la escuela, pero lo había olvidado. Lo aprendí una segunda vez cuando fue invitado para cursos de verano en España. Este conocimiento me permitió medir la importancia de la filología española abierta a la historicidad y la materialidad de las obras (con Francisco Rico, Pedro Cátedra y otros). Más allá, empecé a trabajar sobre las obras mismas del Siglo de Oro (*Don Quijote*, la picaresca, la comedia) que a menudo hacen de las prácticas de lo escrito y de la realidad de la publicación y de la lectura los motivos mismos de la ficción (como lo subrayó Auerbach). Se estableció así un vínculo fuerte entre la creación literaria y la consciencia de sus condiciones histórica y técnica de su posibilidad. Es lo que nos enseñan también las ficciones de Borges o la reflexión crítica de Ricardo Piglia.

PREGUNTAS DEL AUDITORIO

Flavia Fiorucci: Muchísimas gracias. Increíble lo que hemos escuchado. Voy a abrir a las preguntas del auditorio escritas en el chat. El señor Guilherme pregunta si usted piensa posible hacer una historia intelectual desde relatorios de diplomáticos.

Roger Chartier: ¿Una historia intelectual de la diplomacia?

Flavia Fiorucci: No. Desde relatorios de diplomáticos (informes escritos de diplomáticos).

Roger Chartier: Me parece que con el marco metodológico que hemos dibujado, por supuesto con adaptaciones y especificidades, se puede apoderar de cualquier tipo de texto. Evidentemente, cada tipo de discurso tiene sus normas de producción específicas, pero las preguntas o la manera de aproximarse a ellos puede utilizar los mismos recursos analíticos y metodológicos que vinculan el estudio del género discursivo, la atención a las formas de inscripción y circulación y las recepciones de los lectores.

Flavia Fiorucci: Desde YouTube llega una pregunta de Marisa Restiffo: ¿cómo han influido las tecnologías/culturas digitales en la materialidad del libro de la que estuvo hablando y en las prácticas de lectura de los y las jóvenes?

Roger Chartier: Bueno, precisamos varias horas de encuentro para acercarnos a responder esa pregunta esencial. Intentaré ir a lo esencial. Se habla de *desmaterialización* al referirse a la ruptura con el soporte material impreso de la escritura. Hoy en día la pantalla informática es el soporte para recibir o mandar cualquier tipo de texto o imágenes, para leer y para escribir. En este sentido, no se puede olvidar su materialidad propia.

Los libros electrónicos representan una ínfima parte de lo escrito en el mundo digital, dominado por la omnipresencia de las formas breves y fragmentadas del escribir y

por la forma apresurada del leer. Este nuevo modelo de la práctica de la lectura puede alejarnos del libro como género discursivo y, fundamentalmente, puede introducir –lo vemos con tristeza cada día– un desafío para el conocimiento y para la democracia. Para el conocimiento, porque se despreocupa del criterio de validación de los enunciados y genera teorías absurdas. Para la democracia, en el sentido que ya era planteado en la ciudad griega antigua, de las falsificaciones y manipulaciones de las pasiones.

La separación entre la materialidad del objeto libro y el contenido discursivo insta una nueva relación entre el fragmento y la totalidad. En el mundo digital, esta relación desaparece y está sustituida por la apropiación de los fragmentos como unidades textuales descontextualizadas de la totalidad textual en el cual se encontraban, lo que puede evidentemente conducir a profundos anacronismos o distorsiones en la comprensión de las obras.

Adrián Gorelik: Buenas tardes Roger. La verdad, es un enorme gusto poder escucharlo. Y el diálogo con Jorge ha sido enormemente enriquecedor. Teniendo en cuenta el enorme impacto de su obra, de la transformación historiográfica que produjo, yo diría que tiene dos efectos sobre los cuales me gustaría preguntar. Por un lado, la ampliación del mapa de lo historiado (como la incorporación de la materialidad) que da lugar a una suerte de imperialismo de la dimensión simbólica; entonces, pregunto: ¿cómo ve usted esto?, ¿qué se pierde y qué se gana con esta transformación que ha operado la historia cultural hacia otra historia?

Roger Chartier: Se puede pensar con la omnipresencia de lo simbólico encarnado en varias materialidades o prácticas porque la historia no puede ser sino cultural. En este sentido la palabra antropológica se refiere a la manera a través de la cual los individuos o las sociedades piensan su relación con la naturaleza, con la divinidad, con los otros. Otra definición de la historia cultural pue-

de delimitar un campo particular de objetos entendidos como producciones o prácticas simbólicas sustraídas a lo inmediato de la necesidad, o diferenciadas de otras prácticas como las de la religión, o del derecho, o de la política. Entonces, es entre estas dos definiciones de la cultura que podemos o debemos navegar. No creo que haya una respuesta contundente a eso, me parece que debemos respetar las lógicas que gobiernan la producción o la apropiación de los objetos que llamamos culturales en un sentido más restringido. Debe evitarse, por ejemplo, el hecho de utilizar sin control las nociones de leer y de lectura. Se debe ser cuidadoso con el uso metafórico y no literal de nociones que son centrales de la cultura. Así se puede resistir a la tentación de pensar las prácticas como si fuesen textos o, para citar a Bourdieu, de imponer la lógica de los discursos a los gestos del sentido práctico.

Ana Clarisa Agüero: Un comentario ligado al de Adrián y a la noción de historia cultural. Hay una expansión de la dimensión simbólica que aparece modulando todo; en parte esto provoca grandes ganancias en ciertos trabajos o en ciertas líneas de indagación, pero a la vez creo que el cuadro dominante también muestra una especie de escasa voluntad de volver a proyectos más o menos integrales. En estas dimensiones creo que hay una especie de inversión (máximo de expansión del motivo cultural, mínimo de voluntad integral). Eso es todo, gracias.

Roger Chartier: Depende un poco de lo que llama usted "voluntad integral". Si es en referencia a una historia de la totalidad social –tal como podríamos pensar que en cierto sentido era el proyecto de Elías–, me parece no existe más. Tal vez porque somos enanos sobre las espaldas de gigantes. La idea de lo integral, o de lo global, se ha desplazado de la totalidad social al espacio geográfico. Los proyectos de la historia global (historias comparadas, historias conectadas, historias de los imperios) son una manera de dar una dimensión geográfica y horizontal a proyectos que intentan articular varios elementos de la totalidad social.

Otra respuesta es que, sin la voluntad de reconstrucción integral de un mundo social, un análisis limitado a una práctica, o a una obra, o a una situación, pueden restituir algo de esta totalidad. Por ejemplo, si se piensa en una obra de Shakespeare, sus condiciones de producción, las formas de representación sobre las tablas o en los impresos y en su doble relación con el mundo social, incorporándolo y plasmándolo, estamos frente a una historia que no es más la historia de la literatura, o la bibliografía, o la historia social, es una historia que a partir de un objeto particular intenta comprender las relaciones, vinculaciones, cadenas de posibilidades y efectos que construyen el mundo social. Me parece que es la respuesta que los historiadores intentan proponer, frente a la desaparición efectiva de las construcciones históricas majestuosas tal como las identificamos con los nombres de Elías o Braudel.

Flavia Fiorucci: Bueno, deberíamos ir cerrando, no queremos abusar de su tiempo. Estamos muy agradecidos, ha sido muy esclarecedora y hermosa la conversación.

Roger Chartier: Podemos dar lugar a una pregunta más.

Flavia Fiorucci: Bien, paso una que llegó desde YouTube. Dice: ¿podría decir algo acerca de los límites disciplinares? Es decir: los estudios de la materialidad, los conceptos y la cultura, ¿se pueden entender indistintamente como historia intelectual y cultural?

Roger Chartier: Lo que discutimos es la posibilidad o la necesidad de organizar encuentros, hibridaciones, mezclajes entre elementos pertenecientes a varias disciplinas y de construir nuevos espacios para la investigación a partir de esos encuentros y así crear objetos que no pertenezcan solamente a una disciplina, que puedan existir en proyectos colectivos y que suponen varias aproximaciones. La primera exigencia es la curiosidad, que hace salir de su propia tradición, de su propio camino y estar siempre atento a lo que pueda existir fuera de esta he-

rencia. Se plantea así el problema de las lenguas en la medida en que nadie puede dominar todas las lenguas del mundo. Esto no significa que no se puede estar atento a lo que se escribe, inclusive en lengua que la gente no puede inmediatamente descifrar, y tener una perspectiva abierta y encontrar las mediaciones posibles para superar la dificultad.

Esto lo experimento en las clases que estoy dictando en los Estados Unidos, porque para un estudiante estadounidense, si un texto no existe en inglés, entonces no existe. Y no significa que no conocen otras lenguas... Lo

digo para los estudiantes, para mí mismo y para todos nosotros: debemos conservar la vigilancia para que lo extraño, lo extranjero, lo que está fuera de nuestros hábitos no fuese ignorado.

Jorge Myers: Me sumo a los agradecimientos. Habría tantas más cuestiones que discutir... y sin embargo, ¡hé-las!, *ars longa, vita brevis...*